

## Los libros

“LA DIFÍCIL JUVENTUD”, cuentos de *Claudio Giacconi*

La literatura chilena, en los últimos años, está cambiando de corte. En bendita y saludable hora, toda vez que es tan cierta la sentencia de Mauricio Barrés, que dice: “Hay una sola cosa superior al cambio: la belleza”. En efecto, algo puede ser hermoso, hermosísimo, pero a la larga termina por no decirnos nada, por no conmovernos, por dejarnos inerte. A esa altura precisamente, como un impacto al aburrimiento, se impone el cambio. Y vale el cambio entonces —aclaremos— no como cosa en sí, sino como la posibilidad de abrirle paso a un nuevo tipo de belleza.

En la literatura chilena que va del 20 al 40 se usó, y hasta se abusó, de un mal nacido criollismo que, a fuer de exaltar valores autóctonos, especialmente de naturaleza campesina, terminó por hacer novelas que llevaban implícitos propósitos más geográfico-patriotas que estéticos. Fué el resultado de haber entendido mal un consejo de Omer Emeth, que decía: “En Chile no escasean los escritores; pero muchos de ellos viven en su país como si éste no existiese. De Chile, ¿qué rastros hay en sus obras? Una y otra vez, a tiempo y destiempo, he señalado, deplorándolo amargamente, la falta de chilenidad que se advierte en la novela chilena”.

Este crítico, oriundo de Francia, quería ver en nuestras letras lo que fuese típicamente nacional. Y al formular tal petición, estaba en lo justo. Lo injusto es que los escritores que le hicieron caso

creyeron de buena fe que lo nacional residía casi exclusivamente en el atavío de los personajes y en la configuración peculiar del paisaje circundante. Resultado: salvo excepciones, hicieron una literatura que, por lo tediosa, terminó por autosuicidarse o por sobrevivir solamente en las aulas, donde todavía es impuesta por profesores mecanizados. Felizmente, ese tipo de literatura periférica, que ignoraba el alma de los personajes, o les suponía un alma demasiado simplista, ya pasó y, entre los escritores jóvenes, ninguno ahora lo cultiva.

El cambio se inicia, aproximadamente, a partir del año 40. La mayoría de los autores que publican sus obras con posterioridad a tal fecha, reaccionan en contra de ese criollismo a ras del suelo, de ese pintoresquismo local, y se preocupan, fundamentalmente, de mostrar los caracteres de sus personajes. No a la manera antigua, desde fuera, como lo haría un enamorado de las superficies, sino desde dentro, penetrando el alma de los personajes, estudiando el laberinto de sus sentimientos e ideas, exhibiendo sus contradicciones, más aún, analizándolas. Y no se crea que este nuevo terreno carece de peligros. Justamente, porque ahí los abismos existentes no se ven, son aún más fáciles las caídas en lo truculento o en lo convencional.

Esta nueva generación, que llamaríamos del 40, y que se consagra a la elaboración de un tipo más moderno de literatura psicológica, no cuenta en verdad, hasta la fecha, con ninguna obra definitiva. En todo caso sus cultores —María Carolina Geel, Luis Meléndez, Luis Merino Reyes, Enrique Lafourcade, entre otros— se exhiben perfectamente orientados. La orientación suya, en rigor, es la más acorde con esta época en que el hombre de todas las latitudes anda como nunca a la caza, una caza desesperada, de su propia razón de ser. Por otra parte, y obviamente, algunos escritores anteriores a la generación aludida, también se preocuparon, y no poco, del lado psicológico en sus obras; sólo que esa psicología —que parece que ignoraba las capas del subconsciente— no contaba con los elementos ni con el clima que tiene hoy y que le permiten

captar mejor el alma humana en toda su compleja y contradictoria realidad.

Al grupo de modernos escritores psicológicos se ha agregado recientemente otro, también muy bien dotado. Es Claudio Giaconi, nacido hace 27 años en Curicó. Ha publicado él un libro, con el sello "Renovación", que contiene 11 cuentos, intitulados *La difícil juventud*. Giaconi, como la mayoría de los autores nuevos, muestra una severa preocupación por la forma. Su estilo, que revela cierto dominio natural del idioma, no incide, por otro lado, en la consabida retórica frondosa, esa que casi tapa el contenido. El suyo es un estilo directo y funcional, además de correcto. Claro es que, para llegar a la cima, a esa que casi nunca se llega, es menester todavía que acuñe una prosa no sólo correcta, sino artística, para lo cual, evidentemente, no existen recetas. Ambas prosas, ya se sabe, no siempre coinciden. Los autores de gran personalidad tienen una especie de fuero ante el idioma, con el cual, atropellando reglas incluso, llegan a las más altas cumbres de la belleza literaria. A este respecto, José Ortega y Gasset, confirma: "Escribir bien consiste en hacer continuamente pequeñas erosiones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua. Es un acto de rebeldía permanente contra el contorno social, una subversión. Escribir bien implica cierto radical denuedo".

Claudio Giaconi no escribe cuentos a la manera antigua, como Maupassant, con principio, mitad y un fin siempre efectista, estructura que, por disimular tan poco su propósito bufonesco, ahora nos resulta demasiado convencional. En los cuentos de Giaconi lo básico no es la anécdota, sino la variedad de los matices con que capta el fluir de la vida. Estos cuentos, en consecuencia, son para lectores cultivados, o sea, para aquellos que, a esta altura, no se interesan mayormente por el argumento de las obras, porque, al leerlas, buscan principalmente una especie de conocimiento —y enriquecimiento— de su propio espíritu al contacto con otros espíritus afines o superiores. Y, de paso, no se crea que este tipo de experiencia entretiene menos que la narración de un argumento. El solaz,

que provoca es de sesgo muy especial. Veamos. A todo lector —a todo individuo, podría decirse— lo que más le interesa son sus propios problemas. Le gusta verlos con claridad y le encanta hallarles la solución exacta. Bien: las grandes obras literarias contienen precisamente eso. En los estados de alma descritos en ellas es fácil identificarse. El lector refinado, de inteligencia alerta, al leer tales vicisitudes psicológicas, siente que se trata de las mismas que él conoce experimentalmente. Y esa coincidencia le agrada tanto como mirarse al espejo. Es más, esa coincidencia le sirve de conducto para desahogarse. ¿De qué? De todos los complejos que una sociedad demasiado reglamentada, o mal reglamentada, lo obliga a ocultar. La literatura, así, asume el mismo papel que, según Freud, tienen los sueños en la liberación transitoria del subconsciente. Y este tipo de placer a base del desahogo psíquico —catarsis, lo llamó Aristóteles— es mucho más intenso, y sobre todo más profundo, que el que provoca cualquier amañado argumento.

Los cuentos de Claudio Giaconi, que pertenecen a esta clase de literatura, no podrían recontarse, porque su valor no reside en el argumento sino en las observaciones, en los hallazgos psicológicos, en la novedad de algunos detalles. El describe la vida, “la vida simplemente”, tal como la vive, en su fuero interno, cualquiera persona joven de este tiempo, cualquier tipo vulgar incluso. Sin embargo, no se crea que sus páginas carecen de tensión. ¡Cómo la tienen! En el otro extremo, ¿qué gracia hay en impresionar a los lectores narrándoles incendios, presidios, violaciones, etc.? La capacidad de Giaconi es tal que, en cualesquiera de sus cuentos no necesita de temas originales, espectaculares o paradójicos para tomar al lector y no soltarlo antes que llegue al punto final. Valga de ejemplo representativo el cuento “El Paseo”, donde no ocurre nada. Aparece ahí un mozo que, sentado en el escaño de un parque, observa a dos mujeres que cuidan a una niña. Nada más. Los personajes se desconocen mutuamente y ni siquiera se hablan. Se encuentran casualmente y luego, sin mediar nada en concreto, se separan. No obstante, cuánta vida psíquica hay ahí. Con esos elementos mudos, Giaco-

ni organiza una verdadera batalla, llena de peligros, de suspensos, de tensión humana.

Los densos cuentos de Claudio Giaconi, tienen ritmo de novela, se desarrollan casi todos en la ciudad y los viven personajes de la clase media. Estos personajes, en su mayoría, son tristes, solitarios y, sobre todo, desesperanzados. No hay humorismo en la descripción de sus secretas vivencias; al contrario, hay una especie de sordidez espiritual, de tipo existencialista, que pareciera solazarse en sí misma. En *La difícil juventud*, libro que anuncia la aparición de un futuro gran novelista, se captan —en suma— retazos fidedignos, sin añadidos histriónicos, del alma humana de este tiempo.—*Edmundo Concha.*



### TRES NUEVOS POETAS CHILENOS

Un libro de poesía joven debe ser recibido con respeto, más aún con sincera complacencia. Son criaturas tiernas, que se asoman a la vida, débiles, temblorosas. Extienden sus manos suplicantes. Tal vez esté allí la potencialidad de un genio.

Aunque don Marcelino puso en duda la capacidad poética del chileno, sin embargo, en el siglo XX, principalmente, palpita pujante una efervescencia lírica tan poderosa que Chile se enorgullece de tener figuras tan gigantescas como Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Ellos son las cumbres más elevadas. Hay además treinta, cuarenta nombres ya consagrados, que constituyen una trayectoria luminosa de arte. Pedro A. González, Carlos Mondaca, Dublé, Vicente Huidobro, González Bastías, Cruchaga, Oscar Castro, y muchos más nos están indicando que esta fronda poética no es flor de un día sino la resultante de una condición racial auténticamente lírica, capaz de captar la belleza, asimilarla y transmitirla.

En los últimos diez años se ha notado una palpitación de vida extraordinariamente poderosa. Con inusitada frecuencia noveles es-